

# Viajes por España a principios del siglo XVII<sup>(\*)</sup>

Por JOSE I. URIOL

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

*Aportamos en este artículo dos resúmenes más sobre viajes por España. Corresponden a los que efectuaron, a principios del siglo XVII un francés, Joly, y un portugués, Labaña. Como en artículos anteriores subrayamos, en estos comentarios, las noticias que nos proporcionan sobre caminos y formas de viajar.*

De los numerosos viajes recopilados por Mercadal en su publicación *Viajes de extranjeros por España y Portugal* analizamos hoy dos, el de Bartolomé Joly y el de Juan B. Labaña, iniciados en 1603 y 1620 respectivamente, esto es en el reinado de Felipe II. Son narraciones muy diferentes; sólo les une la época.

Bartolomé Joly es Consejero y Limosnero del Rey de Francia y viene a España en la comitiva del abad general del Cister en su visita canónica a los monasterios de la Orden en España. Esta narración es un buen ejemplo de los cambios de la fortuna de las naciones; aparte de su interés descriptivo pone de manifiesto cómo se veían las cosas de España por un francés de principios del siglo XVII. Entre sus dictérios e incomprensiones se lee, unas veces explícitamente y otras entre líneas, un claro complejo de inferioridad y una cierta envidia por lo bien que le van los asuntos a España. Claro es que luego vendría lo de Rocroy.

Juan B. Labaña es un portugués que Felipe II había traído a la Corte, como Cosmógrafo Mayor, después de la unión de las dos coronas. En 1610 se traslada a Aragón para levantar el plano de aquel Reino. Su narración, *Itinerario del Reino de Aragón*, es exclusivamente descriptiva y científica. De este *Itinerario* sólo vamos a comentar su viaje de Madrid a Zaragoza.

Ilustramos estos comentarios con un gráfico en el que se han representado los viajes correspondientes; el plano base es el del *Repertorio de Meneses*.

En aquellos años, 1603, el Rosellón, al norte de los Pirineos, pertenece aún al Rey de España, por lo que la narración de Bartolomé Joly

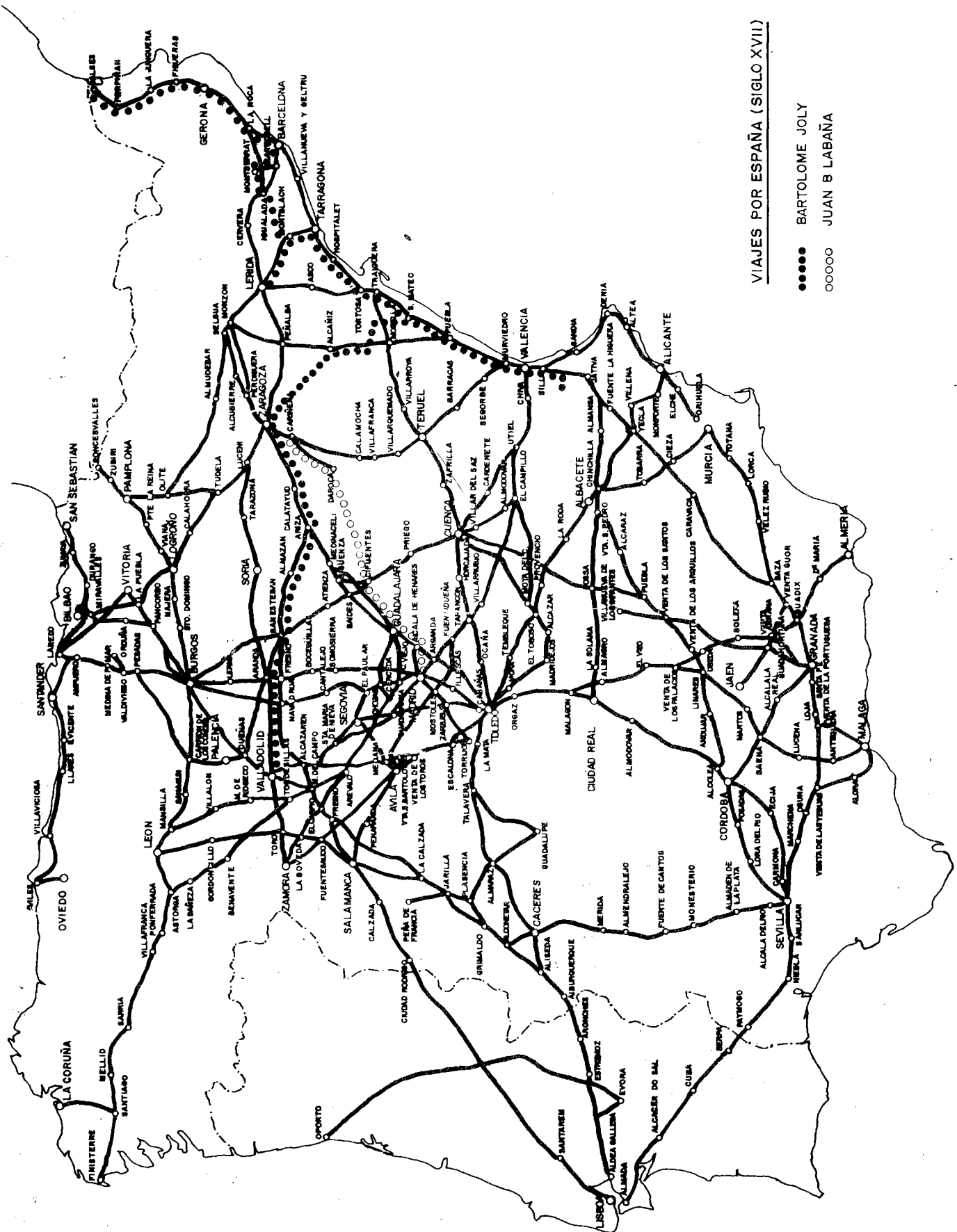
referida a tierra española empieza así: «A mitad de camino de Leucate y de Salses, en sitio estrecho y extremadamente pedregoso, en el borde del estanque marino de un lado y la montaña de otro, cerca de una fuente salada y de una roca avanzada, en el sitio donde hay una pequeña cruz gruesa, es la separación de los dos reinos, que cruzamos el 10 de diciembre de 1603. En la garganta de ese paso estrecho, a un cuarto de legua, está Salses... Hay allí 150 soldados de guarnición».

Viaja a caballo como se deduce de este despectivo párrafo: «Aquí comienzan los caballos a tener mal tiempo y a relinchar acordándose de la buena alimentación de Francia; porque no hay en casi toda España ni heno, ni avena, solamente centeno y paja cortada, tan poco apetitosa como la larga de aquí, de cama de paja no se hable, ni de mozo de establo, y de almohazas tampoco; por eso todos viajan sobre mulas y se asombran de vernos venir a caballo.» Pero el abad viaja en litera como veremos en párrafos posteriores.

Atraviesa todo el Rosellón español, desde Salses hasta el Perthus; pasan por Perpiñán, donde cuenta que el obispo envió al abad cisterciense «su coche para pasearse por la ciudad», y Le Boulou. Dice a este respecto: «... en el pueblo de Le Boulou, donde pasamos parte por el vado, parte en barca un riachuelo, ayudados de escolta del señor Pagés, señor de ese lugar, joven caballero amigo de los franceses, conocido en toda la frontera, tanto más cuanto que el camino era muy peligroso por los bandideros, muy rudo también y montuoso hasta una roca alta y estrecho paso, llamado el Perthus. Allí es el fin del condado de Rosellón... estando más allá de él Cataluña, la cual, aunque el condado de Rosellón le está unido, tiene, sin embargo, sus leyes particulares y su moneda... »

(\*) Se admiten comentarios sobre el presente artículo, que podrán remitirse a la Redacción de esta Revista hasta el 30 de junio de 1988.

# VIAJES POR ESPAÑA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII



VIAJES POR ESPAÑA (SIGLO XVII)

●●●●● BARTOLOME JOLY  
○○○○○ JUAN B LABAÑA

Sigue viaje a Barcelona por La Junquera, Figueras, Gerona, Hostalrich, La Roca y Barcelona. En Gerona encuentra que «los alojamientos son allí bastante buenos, y las camas, provistas de cortinas; pero el trato es muy caro, principalmente para los extranjeros.» Aún es mejor el alojamiento de La Roca: «Desde allí fuimos a La Roca, distante como tres leguas de Hostalrich, cuyo alojamiento de los Tres Reyes es considerado como el mejor de España, siendo la mayor parte de las camas con cortina de seda y las fuentes, escudillas y platos, de plata.»

En San Andrés son recibidos por los abades de Poblet y Santa Cruz; en este párrafo nos dice Joly que el abad viajaba en una litera: «Allí, los reverendos padres abades de Poblet y Santa Cruz recibieron al general de los cistercienses con un conjunto de diez carrozas llenas de sus amigos de calidad, varios caballeros a caballo, que se apearon para besar la mano a mi dicho señor en su litera, de la que habiendo descendido, entró en una carroza con los abades.»

Se lamenta de la animosidad contra los franceses que encuentra en su camino. Por ejemplo, al pasar por Gerona dice: «Las gentes de esta ciudad de Gerona y de todo el país de alrededor tuercen el gesto a los franceses... hasta injuriarnos por las calles, llamándonos *gabachos*». Más adelante explica el origen de este epíteto: «Su insulto más corriente es *gabacho*, del nombre de la provincia de Gevaudan, llamada Gabaha, en latín, donde viven muchas pobres gentes de España para servir y trabajar en obras manuales; otros dicen que quiere decir guardavacas».

De Barcelona, «hermosa ciudad», cuenta muchas cosas: una copiosísima comida, «los españoles son personas de mucho gusto y de gran apetito», cómo son sus principales edificios, cómo es el puerto y las carrozas.

Sobre el puerto escribe: «Hace diez años no había ni puerto ni escollera en Barcelona, viéndose obligados los barcos a mantenerse lejos de la rada y al descubierto, de donde a menudo eran arrebatados por los corsarios de Berbería; al presente hacen uno con grandes gastos, siendo una obra de grandes vuelos. Arrojan piedra en el mar en grandes trozos, unos sobre otros,

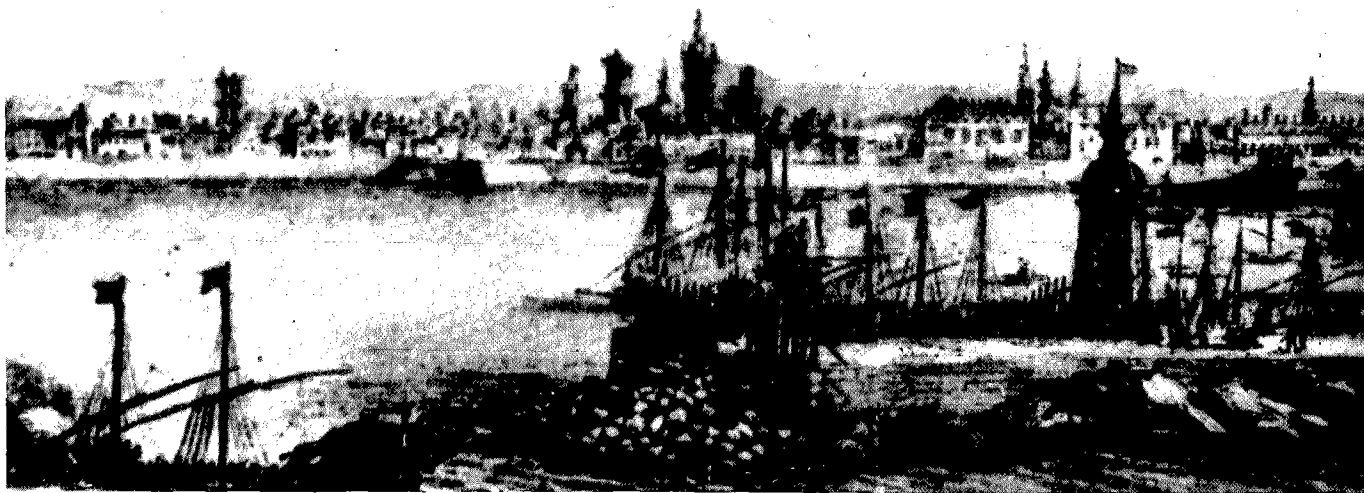
hasta que afirman ellos mismos; llegando a flor de agua, macizan encima continuando de este modo poco a poco, para hacerlo llegar hasta la iglesia de los Cordeleros, y entonces la boca se podría cerrar con una cadena, como en Marsella o la Rochela. En la punta del puerto está el faro o fanal, en el cual de noche se pone una luz.»

Respecto al lujo que ve en Barcelona y al número de carrozas dice esta frase que en labios de un francés debe ser un desmedido elogio: «No diré más de Barcelona sino que es propia en fantasías y en carrozas después de París y a la par de las mejores ciudades de Francia.»

Desde Barcelona se dirige a Monserrat, pasando el Llobregat en barca antes de Martorell; después Martorell, Esparraguera y Monserrat. Elogia sobre manera los caminos de acceso al Monasterio: «Los caminos están hechos expresamente con la mayor comodidad posible para el alivio de los peregrinos; su anchura es, en algunos sitios, como para pasar dos o tres a la vez... pero más maravilloso aún el cómo han podido hacer ese camino a través de esos precipicios, creciendo cada vez más el asombro cuánto más se sigue subiendo.»

Detalle curioso, que cuenta Joly, de Monserrat es el hecho de que le dan un número, como resguardo, al llevar sus caballos a la cuadra lo que da testimonio de la abundancia de semovientes en las cuadras de la abadía: «ese hermano nos dio una pequeña madera marcada con 59 encima, y recomendó no perderla so pena de perder también nuestros arreos que no podía reconocer sino por aquella madera, intención gentil para dar a cada uno lo suyo.» Más adelante dice que la abadía disponía «lo menos de doscientas mulas que van de ordinario a la provisión y, como creo, a pedir... »

Desde Monserrat va a Santa Cruz y Poblet siguiendo prácticamente el itinerario que Villuga llama *de Monserrat a Escaladey*, Igualada, Santa Coloma, Santa Cruz y Poblet. De su visita al monasterio de Santa Cruz subrayamos sus comentarios sobre los pozos de nieve que allí tenían los monjes. Describiendo uno de ellos, escribe: «Ponen sobre esas tablas paja y reúnen a los campesinos para echar la nieve encima; después lo tapan y cierran con llave; se guardan hasta el verano, que los mercaderes vienen



Barcelona

a comprarla para llevarla a las ciudades, no habiendo allí nadie tan pobre que no quiera usarla.»

Del recorrido desde Santa Cruz a Poblet, dice: «Desde Santa Cruz a Poblet, una de las más ricas abadías de España, hay tres leguas que duran cinco horas de camino.» Cerca ya de Poblet se encuentran con una guardia armada; son cuarenta hombres con pica y escudo; su función, la vigilancia de los caminos para reprimir a los bandidos y la vigilancia de las costas, por causa de los piratas berberiscos.

Desde Poblet va y viene a Lérida, alojándose en la abadía de Escarpe tres días. Enterado el abad general del Cister de que el Rey de España, Felipe III estaba en Valencia, decide ir allí para solicitar su permiso, como lo tenía ya del Papa, para visitar los monasterios del Cister en Castilla que no reconocían la autoridad del abad francés desde hacía años.

El camino es exactamente el de los *Repertorios* de la época: Montblanch, Tarragona, Reus, Hospitalet, Perlló, Tortosa, San Mateo, Puebla, Murviedro y Valencia. Al pasar por Tarragona, escribe: «está sobre el mar en lugar alto, sin puerto, una playa corrida para el abordar de los barcos, que vienen allí a cargar los vinos blancos, tintos y aloches, garnachas y otras frutas, avellanas, que allí crecen en cantidad tal, que

sólo el diezmo le vale al arzobispo seis mil escudos. Las almendras, higos, uvas, aceitunas para comer, rosas y claveles están allí todo el año en abundancia... »

Y del paso de Balaguer, antes del Perelló dice: «de los pasos más peligrosos de España, a causa de los moros procedentes de Berbería que se ocultan en sus bergantines de día, y por la noche bajan a tierra muy calladamente doscientos o trescientos, sorprenden los pueblos y se llevan por delante de ellos a todas las criaturas que encuentran, hombres, mujeres y niños, incendiándolo todo y marchándose. A lo largo de la costa hay siempre acechos, atalayas, guardadas día y noche. en cada uno de ellos se enciende fuego toda la noche; cuando hay dos, es señal de moros; de día hace una espesa humareda, dando esa señal de torre en torre, que en un instante llega desde Cartagena hasta Narbóna. A cada torre se sube por una escalera que se retira desde lo alto, de suerte que los moros, que no tienen cañón, no se atreven a detenerse y no les pueden hacer ningún daño.»

Al pasar por Tortosa, da cuenta del tráfico fluvial por el Ebro: «sale de los Pirineos, próximo a Navarra y viene a desaguar en el mar cerca de Tortosa, llevando barcos cargados de vino y de lanas para Valencia y otros lugares.»

Al llegar a Valencia, en San Miguel de los Reyes les recibe el abad de Valdigna con cuatro carrozas en las que entran en la ciudad; allí el abad general del Cister es recibido por el Rey de España, pero, como luego veremos, no consigue su propósito.

Son muy numerosos los comentarios de Joly sobre Valencia; nosotros sólo recogemos los siguientes: que el mejor puerto de este reino es el de Alicante, que en la ciudad de Valencia cinco puentes unen el centro con «un hermoso arrabal» y, que en toda España no hay tanto fasto y esplendor como en la ciudad del Turia: «Los coches son allí tan corrientes que, fuera de París, no creo que haya tantos en todas las demás ciudades de Francia. Las gentes mediocres se unen dos para hacer uno, y aquel que no tiene cochera para guardar el suyo, lo sujeta por la noche por la cola y le hace entrar por una ventana la cuerda para tenerlo de ese modo; como el invierno es allí templado, sus coches no se estropean estando al aire, hallándose cubiertos de hule rojo o verde o de otro color, adornados con gruesos botones y cordones de seda y vidrios y espejos que reflejan por todo alrededor. El tiro corriente son dos mulas, que van al paso; pero suelen casi todos poner cuatro.»

Respecto al puerto y al tráfico marítimo de Valencia, dice: «Fuimos a ver el puerto o playa del mar que llaman el Grao, alejado de Valencia una buena medida legua, todo por entre jardines y alineaciones de blancas moreras; sobre la orilla del mar hay un pueblo para alojar a los mercaderes y marinos; había allí entonces una docena de barcos provenzales y bretones, aunque éstos tengan que dar una gran vuelta, pasando por el Estrecho. Esta playa está en seguridad de los moros, a causa de que abordarla es peligroso que para entrar allí hay que esperar el viento y sacar los navíos a la fuerza, pues de otro modo no se puede abordar; si tuviese un puerto, Valencia excedería a todos los demás de España en comercio.»

Le llama la atención también la actividad de los mercados valencianos: «Porque la seda y el azúcar, aunque se producen allí, cuestan poco menos que en Francia, siendo las manufacturas y los salarios de los obreros dos veces más; los víveres se gritan desde por las mañanas, co-

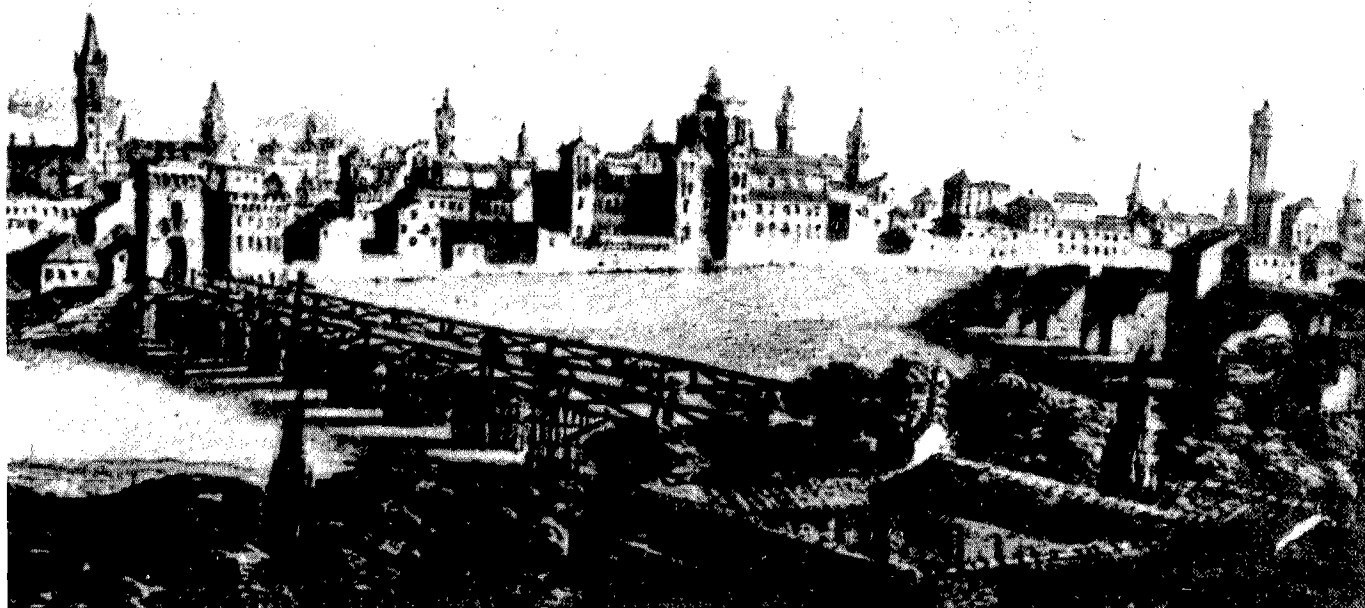
mo en París. Los limones, cidras, toronjas y naranjas de excesivo grosor, muy corrientes, no delicadas al gusto, si no están confitadas; las aceitunas, gruesas como ciruelas, guisantes, habas, espárragos, ensaladas, cardos, etc. *sine fine*. La plaza expresamente dedicada donde se venden estas cosas, como en los mercados de París, desde las cuatro de la mañana, es increíble la cantidad de frutos excelentes que allí se venden.»

También se queja de la animosidad hacia los franceses de los valencianos: «los valencianos... son injuriosos para los franceses, poco menos que los de Cataluña, aunque haya en esa ciudad más de quince mil franceses.»

Desde Valencia van y vienen a la abadía de Valdigna, a ocho leguas, pasando por Alcira «pequeña ciudad, rodeada por el río Júcar, bastante grande, que cruzan sobre puentes de piedra a la entrada y a la salida.»

Desde el reino de Valencia, continuando su visita a los monasterios cistercienses, se dirigen ahora a Zaragoza, por Alcañiz. Desde Valencia vuelven por donde habían venido hasta San Mateo, siguiendo los *Repertorios* de la época; en el camino de Murviedro (Sagunto) a Villareal coinciden con un cargamento de moneda, de dinero, que va a Barcelona «treinta mulos cargados de pequeños paquetes rodeados de junco, caminando sin ninguna escolta de soldados; tan grande es el respeto que tienen a su rey.»

En San Mateo, abandonan los caminos usuales marcados en los *Repertorios*, como puede apreciarse en el gráfico que se acompaña, para ir, primero, a la abadía de Benifaza, y después a Alcañiz; allí describe en cuatro palabras la comitiva del abad del Cister «no siendo nuestro séquito más que de veinte caballos, rodeando la litera»; más tarde la abadía de Escatrón, Rueda y por último Zaragoza, donde entran pasando «el hermoso puente de piedra sobre el mencionado Ebro» y donde también son recibidos con mucho boato: «los abades de Aragón con gran número de religiosos, bajaron de sus mulas, aguardando al señor general, al que besaron sucintamente la mano... Fue puesto de su litera en un coche, y todos nosotros, porque había una treintena de ellos, algunos traídos vacíos expresamente para eso.»



Zaragoza

También abundan los elogios del frances respecto a Zaragoza: «En Zaragoza, las casas son tales para los particulares que un artesano está allí mejor alojado que uno de los primeros señores en el resto de España.» Y de las calles añade: «Zaragoza se parece más a Tolosa que a ninguna otra ciudad de Francia que yo haya visto; sólo que no es tan fuerte; pero, en recompensa, las calles son más hermosas y anchas, particularmente la del Coso, la más bella que sea posible, comparable a la de Roma; es de una amplia anchura y muy seguida en línea recta, construida a uno y otro lado del palacio del Virrey, del duque de Villahermosa y de otros señores calificados, que tienen su residencia ordinaria en las ciudades en España como en Italia, lo que las adorna y embellece en su mitad.»

En Zaragoza reconoce que viven de diez a doce mil franceses; herido en su orgullo nacional, expone en unas líneas una justificación para esta fuerte inmigración francesa en España: «La ocasión principal, en mi opinión, por lo que hay tantos franceses en España es porque no pudiendo esta multitud de hombres, como emjambre de abejas, poder contenerse todos en su lugar natural, y menos ser empleados en él útilmente, es inmediato el cambio que hacen de su fortuna, porque los pobres y mal ordenados co-

mo llegaron, de pronto se ven puestos en valor y se establecen con comodidad, hallado fácilmente maestros con los que ganan mucho y son bien pagados, porque en España las manufacturas son caras. Los que no saben oficio, de la noche a la mañana, se ven tomados como pajes y vestidos con libreas; esos señores se alegran mucho de tal vanidad; los que son del oficio de los campos, todavía son mejor recibidos, a causa de la pereza de los naturales, y se casan, si pueden, con las viudas de sus amos y se quedan allí porque no se pagan contribuciones como en Francia, donde el campesino se ve muy rudamente tratado, según me supo contestar aquel a quien pregunté por qué no volvía a su patria. Los otros de las llanuras de Francia se sienten atraídos aquí por las peregrinaciones de Santiago o de Monserrat, retenidos por la relajación de los burdeles, como gentes jóvenes y arrebatadas para eso, reputándose felices, pobres y miserables como son, por poder por una parte de su salario gozar sin dificultad y en seguridad de esas bellas damas, vestidas, pintadas y arregladas como princesas de Francia.»

En Zaragoza terminan las visitas canónicas a los monasterios del Cister pues Felipe III no ha accedido a la petición del abad general francés:

«El señor del Cister, habiendo tenido noticias de la corte de que no habían querido tomar en consideración ni las cartas del Papa ni las del rey (de Francia), se resolvió no seguir adelante, lo que nos hizo despedirnos de él para encaminarnos a Castilla.» Bartolomé Joly se dirige, pues, a Castilla por su cuenta; en viaje turístico, diríamos hoy.

Va a Valladolid, capital en esos años de la Monarquía Católica, siguiendo exactamente los caminos de los *Repertorios* de la época: Calatayud, Almazán, Aranda de Duero y Valladolid. En esta ciudad termina este relato, sin indicar su vuelta a Francia.

De esta última parte de la narración vamos a comentar algunos puntos de interés general, ya que la información, en ella, sobre caminos y forma de viajar es mínima.

Por excepción si hay varios párrafos dedicados a las posadas españolas a las que califica de sucias e inhóspitas. He aquí algunos ejemplos de lo que dice de ellas:

«Trabajado como estais por el calor, cansancio y largo trayecto del camino, no teniendo necesidad más que de reposo, llegais a una casa de adobes, comunmente agujereada y abierta por todas partes, donde cuelgan por enseña un trozo de madera como paleta, llamada *tablilla* o *pendón*. Echais pie a tierra en el zaguán, que es pórtico grande y ancho, usado por toda España, y allí descargais vuestros avíos, desbridais vosotros mismos o vuestro criado vuestra mula y tirándole de las orejas para animarla, la poneis su ronzal, pidiendo una medida de cebada, que os es dada entre la paja corta en una criba; se la servís después de haberla llevado y atado al establo teniendo el ojo en acecho para que no se acueste, por temor a romper vuestra silla, y también por miedo a que no vayan a robaros la cebada, en lo que son listos, y de los que no os dan ninguna razón aunque os quejeis y presenteis prueba de ellos... Después de haber tratado y dado el pienso de ese modo a vuestra mula, vais a enteraros de dónde se vende el vino, la carne y vais vos mismo o por vuestro servidor a comprar, o bien enviais a algún muchachito o criada pagándoles, y también esos zumbones confunden las tres cualidades recíprocas de garzas, tabernerías y ladro-

nas y además os hurtan una porción de lo que os traen, que si hubieseis sabido la moda, habiendo llenado, antes de salir de una buena ciudad, vuestras alforjas y mochilas de pan, vino y carne, la bota como gaita, os sería permitido entonces saquear en el saco de miseria y extraer sobriamente de él lo que quisierais comer. Si se trata del guisado atacarlo rápidamente, y si es asado la carne mitad tostada mitad arrastrada por las cenizas; y como la mesa dispuesta en el zaguán es común a todos los que allí comen, cada uno en su particular... haced cuenta de que están terminando cuando entreis allí, que otro llegará cuando esteis a medio comer, el uno os da envidia de lo que él tiene, el otro suspira por lo que teneis, no siendo allí costumbre los ofrecimientos y cortesías, nada más que un trozo a la huésped, que le es debido por respeto. Dos o tres mozos de mulas y otros roncán, durmiendo cerca de vosotros *a pierna tendida*, acostados sobre sus avíos, que sirven para todo, o sobre algún banco viejo o trozo de estera sobre el suelo, haciendo la siesta meridiana un par de horas, a la moda del país, para dejar pasar el calor del día, que ellos llaman la *siesta*; todavía esos no hacen más que ruido. Pero los otros, el uno pide a gritos el agua, el otro el vinagre, dónde está la paja, dónde dan la cebada, dónde está el abrevadero y tirando de la mula para llevarla allí, se presenta hasta el borde de la mesa, obligándonos a comer nuestro poco con el insípido olor de un vapor semejante. Después de comer todos los pequeños restos, si los hay, metidos en la alforja, y la bota de vino cerrada con llave, llevais vuestra mula a beber, si no ha bebido y dándole otro celemín, contais con pagar la cebada a un real el celemín, incluida la paja, según la tasa escrita en una tablilla llamada el *arancel*, que los posaderos tienen obligación de exponer en lugar tan alto que se pueda leer, donde está la tasa de sus cosas y del alojamiento, que es un real; el servicio y el mantel, sal, agua se paga a discrección, si la hay. Pero son altaneros, vengingleros y difíciles de contentar, sacando de nosotros todo lo que pueden, habiéndoseles privado en esta ocasión de vender pan, vino y carne a causa de lo que encarecían en más de la mitad... Al salir y antes de estar sobre vuestra mula, no dejéis de hacer el inventario de su

equipaje, porque si no poneis bien el ojo sobre el arnés, el petral, la gruperá, estribos u otra cosa, siempre os faltará algo, y el huésped no es responsable de cosa alguna. He aquí lo que pasa por la mañana. En cuanto a la noche si las molestias más cortas son las menos desagradables, os es mucho más incómodo en estos sitios las camas, todas llenas del pulgas.»

Tampoco son muy halagueños los informes que nos suministra sobre los servicios higiénicos de las casas de Valladolid, pero al menos son divertidos: «El rey hace venir allí ahora fuentes desde media legua de distancia, que embelleceran mucho la ciudad, principalmente para tener las calles limpias, pues naturalmente son sucias y feas. La causa principal es que no hay allí retretes ni sillas agujereadas, verdes y limpias, como en Francia; únicamente cacharros de barro, hechos como campanas invertidas, que son puestos en las habitaciones en un rincón o debajo de la cama, cubiertos con una tela, y se llaman *servidores*. La frialdad e incomodidad de este chisme no es tan grande en su empleo como la presencia de alguno vergonzoso y el olor alternativo desagradable, sobre todo ese trapo encima, trapo vulgar, aborrecible como un veneno, haciendo los españoles, sin ceremonia alguna, roncar el cuenco y teniendo como en un asiento de su propia jurisdicción una gravedad que os avergüenza, cínico hasta no encontrar en ello nada de particular. Y no sin causa hablo de asiento y jurisdicción; porque, en efecto, los grandes dan audiencia en él y expiden, a veces, sus negocios, habiéndome asegurado un hombre honesto, versado en asunto de España, el haber sido varias veces despachado en ese tribunal. Son la mayor parte de humor escéptico y, por ordenanza del médico, permanecen en ese asiento algunas veces más de una hora larga, y toda esa renta diaria queda allí hasta las diez o las once de la noche; en que un criado o camarero la arroja a la calle, donde con el paso de los hombres y de los animales se va incorporando al barro. Es lo que hace las calles tan limpias.»

La otra cara de la medalla son sus comentarios, de admiración y envidia, sobre las cosas en que España aventaja a Francia. Veamos algunos ejemplos. En primer término, la grandeza y poder de la Monarquía Española. Dice: «Es una maravi-

llosa cosa que la grandeza de esta corona sobrepasa en cantidad de dominio a todas aquellas que son y fueron en el mundo.»

También le admira la riqueza de las iglesias españolas: «considerando, sin embargo, cuándo viene una cosa a aumentar si se pone siempre, sin quitar nada, no han tenido atropellos en sus iglesias ni sacrilegios ningunos en sus reliquias desde la invasión de los moros, acabados de echar por Fernando e Isabel, los católicos, que comenzaron a ser opulentos y a recoger el primer oro de las Indias y riquezas increíbles de esas tierras nuevas, con las que hacen ofrendas a las iglesias, consagrando hasta los granos de oro vírgenes según venían de las Indias.»

No son menores sus elogios a la justicia española: «Por medio de todas estas cosas las leyes son muy observadas en España, donde dejan de obrar mal por temor a la pena y a la justicia, que es buena y no perdona a los grandes, como en Francia, donde todos los crímenes les son permitidos. Se ha visto hace poco en España castigar con muerte de patíbulo al hermano del duque de Alba, reputándose allí como iguales a todas las personas, sin excepciones, cuando son acusados de alguna falta.»

Uno de estos medios, nos aclara Joly, es la *Santa Hermandad*, establecida por los Reyes Católicos, y que asegura la tranquilidad de los campos persiguiendo el crimen allí donde se produce: «En cada pueblo de treinta casas o más hay dos alcaldes de la *Hermandad* y oficiales vestidos de verde, llamados *cuadrilleros*, que intervienen por entero en todos los delitos cometidos fuera de las ciudades. Tan pronto como alguien les va a presentar su denuncia y a dar las señas del delincuente, de qué estatura, manera y vestido es, distribuye sus avisos de mano en mano por el toque de rebato, y por ciertos clamores llamados de *Hermandad*... Al oír pues esa voz los próximos oficiales de la *Hermandad* se lanza al punto al campo en persecución, dando la misma advertencia a otros más alejados, de tal suerte que en muy poco tiempo todo el campo queda advertido y todos los pasos cerrados de tal modo que es imposible que el delincuente escape y no se a inmediatamente cogido.»

Le llama también la atención el procedimiento con el que se llevan las obras del rey: «Dicen que hay también una especie de Consejo, llamado de policía, que es una reunión de gentes, arquitectos, ingenieros de diversas cualidades, que tienen a su cargo los edificios del rey y de la corte teniendo que ser comunicado el plano y dibujo de lo que el rey quiere construir, a fin de que la cosa sea regular y bien entendida, dando la licencia a construir o prohibiéndola según lo sea conveniente.»

Terminamos ya con la narración de Joly y con sus comentarios; permitásenos reproducir sólo sus últimos párrafos sobre el orgullo español y sobre el odio, que según él, levantan los españoles en todo el mundo. ¡Quién lo diría hoy!

Del orgullo cuenta como dicho común en España esta altiva frase: «Reconozcamos a Dios la merced que nos ha hechos hombres, no bestias; cristianos, no moros; españoles, no de otra nación.»

Y del odio de los extranjeros hacia los españoles, añade: «De la gran opinión que estas gentes tienen de sus personas y del desprecio con que miran a los demás procede, no diré yo el odio, sino el justo desdén que con buen derecho atraen sobre ellos ... Valdés, en su *Arte Militar*, confiesa que son odiados en general en todas las naciones.»

Del *Itinerario del Reino de Aragón* de Labaña, nos limitamos a comentar el viaje de Madrid a Zaragoza, pues el itinerario propiamente dicho es un estudio detallado de todos los lugares y poblaciones de Aragón, uno tras otro, sin indicaciones realmente de las comunicaciones entre ellos. En el camino de Madrid a Zaragoza si precisa la ruta seguida y las jornadas empleadas.

Estas jornadas son:

25 de octubre . Madrid a Alcalá de Henares.  
26 de octubre . Alcalá a Guadalajara.  
27 de octubre . Guadalajara a Algora.  
28 de octubre . Algora a Balbacil.

29 de octubre . Balbacil a Used.

30 de octubre . Used a Cariñena.

31 de octubre . Cariñena a Zaragoza.

En total pues siete jornadas. El camino, no es, en su totalidad el figurado en el *Repertorio* de Maneses sino el camino de ruedas del siglo XVIII, por Maranchón.

De Zaragoza nos cuenta que hay dos puentes sobre el Ebro «uno de piedra, del que los antiguos hicieron mención, pero no tiene nada de aquella antigüedad, y otro de madera sobre pilastras de piedra.»

Del camino de Madrid a Zaragoza da también abundante información sobre distancias, cursos de agua, habitantes de los lugares que pasa, etc. de indudable interés pero que no nos parece oportuno recoger aquí por no alargar más este comentario a los viajes por España de un francés y un portugués en los tiempos de Felipe III.

---

### José I. Uriol Salcedo.



Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos (Promoción 1953), doctor Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos (1960), licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Madrid (1964). Diplomado en Organización y Métodos de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno (1958), curso de Economía de Transportes en el Ministerio de Travaux

Publics de Francia (1963), diplomado en Evaluación Económica de Proyectos por el Economic Development Institute del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial, Washington, 1965). En la actualidad es inspector general del MOPU. Es autor de diversas publicaciones sobre «Fiscalidad de los transportes por Carretera», «Rentabilidad de las inversiones», e «Historia de los transportes».

---